Globethics Repository



Entre la ilusión y la desconfianza [Between illusion and mistrust]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Solar, Ricardo
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-16 13:58:20
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/221522

NUEVA SOCIEDAD NRO.76 MARZO- ABRIL 1985, PP. 85-88

Entre la ilusión y la desconfianza

Ricardo Solari

Solari, Ricardo: Economista y sociólogo chileno. Miembro fundador del Consejo de Defensa de los Derechos Juveniles (CODEJU). Autor, entre otras publicaciones, de: "Antecedentes para evaluar las nuevas normas laborales que afectan a los jóvenes trabajadores"; "Los jóvenes de los 80"; "Antecedentes para la comprensión de la juventud chilena" (coautor).

Se tratan aquí algunas cuestiones generales, que en opinión del autor deben ser consideradas si se intenta incorporar activamente a los jóvenes latinoamericanos a la construcción de un orden que supere efectivamente las desgracias e injusticias que viven nuestros pueblos. El autor afirma que si no se estimula a la juventud para que juegue un rol propio como actor social, será imposible que ésta se involucre efectivamente en los procesos de democratización. Más que elaborar o precisar contenidos, la cuestión esencial que debe preocupar a quienes se interesan por los temas y problemas de los jóvenes es la de asegurarles a ellos un rol en la búsqueda de las soluciones que los comprometen, sea en la escuela, a nivel de la comunidad rural, en la universidad, sus lugares de habitación o recreo.

Hubo un tiempo no muy lejano en donde alguna sociología se atrevió a asociar los términos juventud y generación. El mero dato estadístico (personas de ambos sexos entre 15 y 24 años), adquirió así en los textos la vitalidad que ya había ganado largamente en las calles de París, en las jornadas de música, paz y amor de Wodsstock y aquí en nuestra América Latina, en las revueltas estudiantiles y en la heroica revolución cubana con Castro y el Che.

Luego, en nombre de la ortodoxia o de la prudencia esta asociación se fue debilitando. En repliegue bajo el fuego cruzado de la intolerancia intelectual, quienes creían en la posibilidad de una generación con un rol social propio, plegaron las banderas. Acusados de revisionistas o de anarquistas, ahí se quedaron contemplando las derrotas (trágicas) de las experiencias en que afincaron su reflexión teórica.

RECUPERAR LA NOCIÓN DE GENERACIÓN JOVEN

Ahora volvemos a hablar y a escribir sobre los jóvenes. Las Naciones Unidas han determinado que 1985 se transforme en todo el planeta en el Año Internacional de la Juventud.

Torrentes de papel y cientos de simposiums y seminarios están destinados a discutir sobre los jóvenes, sus problemas y las estrategias más adecuadas para superar el mar de dificultades en que vive la mayoría de ellos. En nuestro continente este debate tiene hoy particular vigencia.

Uno de cada cinco habitantes de América Latina es joven. Estos sufren más dramáticamente que nadie las difíciles condiciones de existencia que viven en estas tierras. La sensibilidad del mundo adulto y sus instituciones, señalan la necesidad urgente de realizar programas y planes de acción que tiendan a resolver los principales problemas que afronta la juventud en términos de trabajo, educación, participación, condiciones ambientales, desintegración familiar, incorporación social, etc. Sin embargo, existe la sospecha fundada de que sin cambios fundamentales todas las buenas intenciones que inspiran a este año internacional quedarán absolutamente en nada.

La afirmación anterior no intenta para nada ser una crítica a las Naciones Unidas o a los organismos multinacionales que se han asociado a esta loable iniciativa. Pretende por sobre todo advertir de la necesidad de enfatizar una preocupación central en el rol de los propios jóvenes en la construcción de las soluciones de los problemas que les afectan.

Este desafío se plantea de manera singularmente básica para aquellas sociedades que han emprendido el camino de la democratización política y que intentan, por lo menos eso afirman sus nuevos liderazgos, extender esa democratización al conjunto de las esferas de la vida social.

Esto se hace aún más importante porque en esta lucha que se ha librado o que estamos librando contra el militarismo y las dictaduras en nuestro continente, los jóvenes han dejado una buena cuota de empeño y sangre.

Una propuesta democrática debe entender que la juventud sólo será contribuyente, solidaria y eventualmente sostén de un proceso de democratización en la medida en que se faciliten los medios para que se constituya en un factor social, que adquiera conciencia colectiva de su propia identidad y de su responsabilidad en la tarea de asegurarse un futuro mejor.

Una concepción que radique sólo en el Estado la responsabilidad de asegurar a los jóvenes el continente anhelado de bienestar, tropezará en primer lugar con el rechazo de los propios jóvenes quienes al margen de acceder a tal o cual beneficio, no

se harán parte del esfuerzo de construcción colectiva. Ayudar a los jóvenes en este esfuerzo de creación positiva es en parte importante responsabilidad de las organizaciones sociales y políticas que apoyan los procesos de democratización. Para ello es necesario partir admitiendo que los jóvenes, más allá de los elementos que los diferencian, disponen de visiones, modos de acción y demandas las que pueden ser jugadas válidamente en la sociedad en cuanto tales y ser confluyentes o convergentes con las de otros actores que también están propiciando transformaciones profundas.

Los partidos políticos que sostienen los procesos de democratización en el continente están enfrentados al desafío de considerar a los jóvenes no sólo como sujetos en formación para roles futuros, sino que deben asumirlos como actores vitales y actuales de los procesos de cambio. Esta situación se manifiesta en toda su magnitud en los momentos en que es necesario defender las conquistas alcanzadas por la vía de la democratización y cuando el interés colectivo comienza a fundirse estrechamente con el interés individual por una vida digna. Tal es el caso actual de Nicaragua, que es por sobre todo la construcción laboriosa y decidida de sus jóvenes.

La participación debe ser el eje en torno al cual debe articularse una propuesta que asuma el punto de vista de los jóvenes. Más que elaborar o precisar contenidos, la cuestión esencial que debe preocupar a quienes se interesan por los temas y problemas de los jóvenes es la de asegurarles a ellos un rol en la búsqueda de las soluciones que los comprometen, sea en la escuela, a nivel de la comunidad rural, en la universidad, sus lugares de habitación o recreo.

MASA DE MANIOBRA DE PARTIDOS Y SINDICATOS

La juventud ha cambiado profundamente en América Latina en las últimas décadas: a partir de los años sesenta y vinculado al masivo proceso migratorio campociudad que nos legó la modernización capitalista, ha crecido de manera impresionante la juventud marginal urbana, y simultáneamente se ha producido una expansión altamente diferenciada del sistema educativo, que ha dado lugar a una juventud profundamente segmentada.

La juventud universitaria ha dejado de ser cultural y políticamente la expresión única de los movimientos juveniles.

Los jóvenes marginales urbanos también son actores, sea desde la rebelión y el entusiasmo o en la apatía y el conformismo y ya no pueden ser ignorados. Para estos

jóvenes las ausencia de esperanzas y el desaliento es la manera más habitual de percepción de su presente y por cierto cada vez más del futuro. Sin embargo, este desaliento no le impide encontrar sus métodos propios de acciones espontáneas, violentas o evasivas, y tampoco les inhibe para crear sus propios códigos o reglas en un mundo a sus ojos desarticulado y confuso.

No obstante, el nexo entre las instituciones básicas de una sociedad democrática y este mundo juvenil es débil. Con la excepción de las organizaciones estudiantiles, altamente politizadas y difícilmente expresivas del universo juvenil, los partidos populares dificultosamente acceden a expresar o ser reconocidos por las grandes masas de jóvenes como instrumentos válidos de expresión de sus intereses.

Sus sistemas de funcionamiento interno en donde los jóvenes quedan relegados a ser cantera de futuros cuadros o simple masa de maniobra de las burocracias dominantes para sus fines electorales, no son precisamente mecanismos que los hagan instrumentos atractivos de canalización de sus esperanzas e inquietudes.

La misma situación se puede encontrar en los sindicatos. En la medida en que se aferran a la defensa de las conquistas de los ya empleados y se plantean incapaces de levantar un discurso nacional, se alejan de las inquietudes y problemas de las enormes masas de jóvenes desempleados y no se transforman en rivales, sino en enemigos de los jóvenes. La desconfianza básica de las burocracias sindicales a procesos internos de democratización y la mantención de los viejos equipos, se plantean a su vez como un dique de contención infranqueable para interesar a los jóvenes trabajadores en participar activamente en la vida sindical.

Estas dificultades de las organizaciones políticas y sociales para asumir las demandas juveniles y facilitar la participación de éstos en su interior, son factores que inhiben de manera importante las esperanzas de los jóvenes en los beneficios de la democratización y son elementos propagadores de la apatía y el inmovilismo. Superar tales deficiencias, si es posible, no significa sólo responder a un hipotético y razonable deber ser, sino que está asociado a la solidez y permanencia de los procesos de democratización y el carácter integral de éstos.

REIVINDICACIONES NO CONSIDERADAS

Sin embargo, la segmentación y diferenciación al interior del mundo juvenil no impide pensar en la existencia de lazos y vínculos comunes entre la gran mayoría de ellos. La creciente desvalorización de la educación como mecanismo de movilidad

social, hace que el universo de conflictos y frustraciones sea algo hoy bastante generalizado para los jóvenes de América Latina. La inexistencia de oportunidades de trabajo es algo que enfrentan, a distintos niveles de expectativa, jóvenes de los más distintos estratos.

De la misma manera unifica al mundo juvenil ser objeto de la violencia institucional, no sólo la que ejercen los aparatos contrainsurgentes, sino también la de las policías encargadas del "orden público", las que descargan cotidianamente su cuota represiva contra los jóvenes de manera cada vez más indiscriminada. Esta es una situación cada vez más extendida en las ciudades y campos de nuestro continente.

El militarismo es otra cruz que la juventud latinoamericana carga sobre sus espaldas. La oferta democrática en América Latina, que ha cuestionado con energía el militarismo y se levanta como partidaria de la paz, ha sido hasta el momento incapaz de levantar con fuerza su condena a la obligatoriedad del servicio militar y de la forma y términos en que éste se sirve. Los jóvenes latinoamericanos han sido carne de cañón en guerras fraticidas y en los innumerables actos de ejercicios de ocupación de sus propias naciones que de cuando en cuando nuestros ejércitos realizan. La condena al militarismo hoy en América Latina trasciende a la circunstancia del cuestionamiento del ejercicio eventual del poder político por las fuerzas armadas, para transformarse en una crítica integral de un orden institucional en donde las "necesidades de defensa" consumen no sólo los puntos del PGB, sino también tiempo útil de los jóvenes, particularmente de bajos estratos, para entregarles a base de sistemas mortificantes, instrucciones de muerte y chauvinismo.

La necesidad apremiante de tiempo libre, de recreación, de construcción de lazos afectivos sólidos, es algo que no debe ser olvidado y puesto en segunda prioridad respecto a la tan manida solución de las necesidades básicas. El tiempo no trabajo, no estudio, ha adquirido una importancia crucial desde el punto de vista de lo que un joven concibe como calidad de vida. El ocio, al margen del control violento o manipulador del mundo adulto, y en condiciones de un acceso creciente a oportunidades diferentes, es algo a lo cual los jóvenes aspiran cada vez más.

Esta reivindicación del mundo juvenil por el placer, ha sido mirada con severidad por la izquierda latinoamericana, en donde particularmente los "intelectuales comprometidos" han mirado siempre con sospecha las manifestaciones festivas que objetivamente identifican a grandes masas de jóvenes. Es innegable, por ejemplo, que la difusión actual del rock en el continente responde en parte a los intereses de la industria del disco y los medios de comunicación de masas, pero sin embargo mu-

chas veces en medio de estas actividades recreativas de "mercado" los jóvenes encuentran espacios de identificación con sus iguales y retrucan o modifican, de manera incluso contrapuesta a las intenciones del show-bussines, el sentido de estas actividades.

Por otra parte, la oferta artística alternativa se pierde en el terreno del elitismo, de la repetición o de la mediocridad panfletaria y se aleja de la sensibilidad actual de una juventud que cada vez más vive en el mundo de la urbe y con acceso, aunque retrasado y discriminatorio, a la tecnología moderna.

No es fácil incorporar a una juventud crecientemente preocupada, y con razón, del aquí y el ahora a la construcción de un orden nuevo. La protesta juvenil hoy es más que nada un presente lleno de signos de desesperanza, confusión y ausencia de oportunidades, más que en favor de un proyecto de cambios.

Se trata en lo fundamental de dejar de entender a los jóvenes como un agregado social para estimular fuertemente su constitución en un actor social específico. Desde el punto de vista de quienes estimulan procesos de cambio en el continente, esa es su responsabilidad principal, respecto de los jóvenes.

Sin perjuicio de que la sociedad desarrolle procesos que permitan aumentar la capacidad de recursos, destinados a dar educación, vivienda, empleos, mejorar las condiciones ambientales, etc., lo esencial para mejorar la forma en que tales bienes son recibidos por sus hipotéticos beneficiarios, reside en que éstos puedan ser parte activa en el diseño de tales políticas, y de esa manera que la construcción del futuro, hoy algo ajeno, pase también a ser obra propia.

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad Nº 76 Marzo-Abril de 1985, ISSN: 0251-3552, **<www.nuso.org>.**